La melancolía zurda

Sevilla en la obra de

RAFAEL MONTESINOS

Javier González

Rafael Montesinos (Madrid, 1999)

Ver cómo flamean las banderas del humo. Sentir en el rostro la brisilla amarga de los trapos del exilio. Es un soplo de aire que no consuela del todo, pero mejor un soplo tristón que ese silencio de yunque que suele escucharse en las casas del expatriado que acaba empadronado en el bulevar sin número del fracaso.

Un expatriado no vive sólo en la única patria del más melancólico de los destierros. Es la paradoja de los sin patria, el tener muchas patrias portátiles, sensoriales, con sus banderas de humo en el mástil increíblemente firme de la ceniza. Hay una patria del olor evocativo (Schiller guardaba manzanas en su escritorio de bardo para rememorar su infancia). Hay una patria de sonidos en los pabellones auditivos del recuerdo, así el repique a memento del tiempo ido en las campanas de una espadaña cercana, o el crujir de una butaca de rejilla en un patio cuya toldera a rayas da sombra a la sombra que somos con su uniforme de presidiario. Patrias y más patrias del expatriado: la patria táctil de una caricia en las azoteas de la infancia. Pero sobre todo y por encima de todas, la gran patria becqueriana de tener alegre la tristeza y triste el vino. En la obra del poeta Rafael Montesinos (Sevilla, 1920-Madrid, 2005), la ciudad de Sevilla es una monomaniaca patria que se va troceando con los endecasílabos de los años.

Un clérigo inglés del XVI con nombre de actor decadente de Hollywood, el ministro de Dios Robert Burton, llegó a decir que si hay en la tierra infierno alguno, éste debe estar en el corazón del hombre melancólico. Si hubo infierno de dulce quemazón, alguna lámpara votiva ardiendo en llamas recordadas, fue Sevilla el incendio obsesivo de una acordanza en la poesía definitiva de Rafael Montesinos. Y qué mejor infierno que el de esta Sevilla del mes de julio, cuando este modesto escribidor se encuentra ahora paseando entre los escombros de cerillas en que han venido a dar los recuerdos del poeta. Melancolía del infierno, pues, en el ardiente mes de julio en Sevilla, aunque es probable que el lector insensato pueda estar leyendo estas líneas cuando ya es otoño cobrizo y se columbra la tiritera en el cuarto trastero del invierno.

Buena parte de la obra de Montesinos es una ausencia que se pasea por entre barreduelas y collaciones que uno, pasado el tiempo, intenta recrear con el desgaste del presente más desvirtuado. La melancolía gusta de menear las caderas del pasado, que es lo suyo: tristeza zumbona, maracas de acíbar. Pero llevar los tacones del presente para hablar de sueño y realidad vencida, ese tacón de aguja tan sexy suena un poco como a descompás. Y si encima hay que ir ahora sorteando cagadas de perro por las aceras, tan tiernas y marrones, tan barrocamente enroscadas, pues todavía peor. El presente no huele bien desde luego cuando de evocar se trata; pero uno al cabo intenta pasear por las aceras del presente, por sucias y cagadas que estén, para hablar de esta ciudad de aquí y de ahora, Sevilla, en este momento mañanero de ahora, en un día de julio de ahora también, pero que antaño fuera patria de endecha en un poeta recurrente con los asuntos —viejos pero límpidos desde luego— de su memoria irreparable.

Ya hemos topado con la palabra clave, que es como el paso a nivel en toda la obra literaria de Rafael: irreparable. Recuérdense las *Geórgicas* de Virgilio que clamaran por la fugacidad sin cura del tiempo gastado: *Fugit irreparabile tempus* ("Huye el tiempo irreparable"). Igual elegía compartida en el poema "Cima de la delicia" de Jorge Guillén: *¡Dulzura de los años irreparables!/ ¡Bodas/ tardías con la historia/ que desamé a diario*. O el mismo abrevadero irreparable del Cernuda en verso (*Todo vuelve otra vez vivo a las mentes/ irreparable ya con el andar del tiempo*), y del otro Cernuda en prosa de esfuerzo, la del verso maratoniano, que es el himno de *Ocnos* y su sinfonía recreadora tan llena de distancia sevillana.

Irreparable, sí. ¿Qué es lo irreparable en Rafael Montesinos? ¿La patria de la infancia? ¿Irreparable sólo la niñez? ¿O no es por igual de irreparable todas las patrias de la infancia? ¿No está hecha la niñez de la misma industria mellada de los espejos? ¿Y la pubertad? ¿Y la adolescencia? ¿Y la mocedad? ¿Y la madurez? ¿Y la vejez? ¿Y la muerte al cabo? Porque esto acaba siendo la Señora Parca que nos aguarda, una infancia que nos lleva tiempo en el tiempo, un patio de recreo convertido en columbario. *Los años irreparables*, ahí el nombre elegíaco de la infancia recordada con prosa memorial, con humor y dolor escondidizo, con una belleza lumínica que recrea aquella Sevilla en las mientes del poeta trasterrado, sorprendido en mitad del barullo casi neoyorkino de la Gran Vía de Madrid.

Como para todo el mundo, la guerra civil en Rafael empezó en 1936, el año de la guerra y de la novia también como se verá luego. Pero no acabó en 1939, sino que volvió a empezar en 1940 cuando, obligado por los apuros de una billetera pálida, su padre partió con la familia a Madrid en busca de un discreto Potosí. Y allí se fue y se quedó en el andén de una sevillana estación de tren el poeta Montesinos, como también lo hiciera otro arcángel llamado Rafael, Alberti, en el libro primero de esa fronda de infancia llamada *La arboleda perdida* y que acaba con humo, el humo de las banderas en los trasterrados que viajan por fuerza a Madrid, sólo que es ahora humo no de banderolas, sino humareda de ferrocarril del que parte en tren, desalojado ya de los compartimentos de los recuerdos trasoñados.

Frisando la treintena, en 1952 escribe Montesinos *Los años irreparables*. Toda su poesía, desde *Balada del amor primero* (1944) hasta *País de la esperanza* (1955), está atravesada por la monomanía de la recordación y el desarraigo. No es que haya escenas ambientales o momentos detallados en acuarelas versificadas, sino que predomina en general la música de afilador del desarraigo por los aljarafes de la memoria.

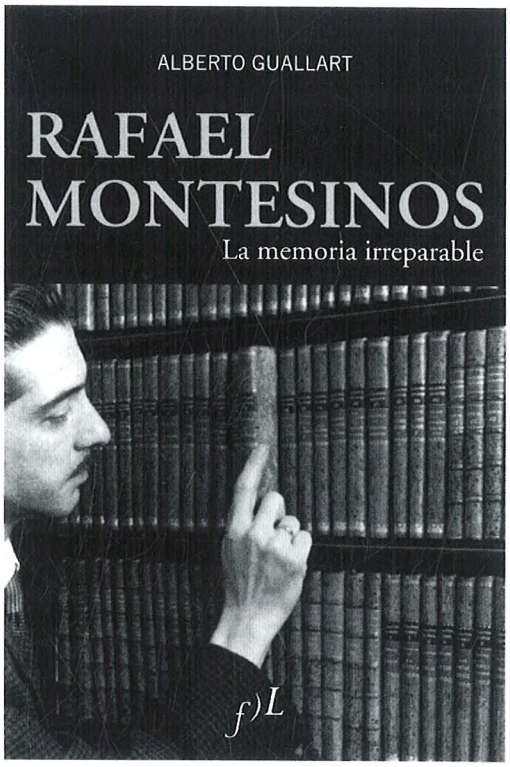
El número 41 de la calle Santa Clara, en el barrio de San Lorenzo, es la primera fragua del recuerdo. El niño Rafael evoca el patio de losas blancas y negras, las macetas de aspidistra, las mecedoras de rejilla balanceándose con esa quietud fantasmal que huele a medicina y a sombra con asma. Decía Ortega que si uno palpaba la intimidad de un patio sevillano, podía notar como una pena atmosférica por un niño que agoniza en un oscuro dormitorio o que ha muerto recientemente, dejando así una plañidera nostalgia de helechos alicaídos. Era una casa vieja la de Rafael, como las moradoras de ese mismo número 41 de la calle Santa Clara, la tata Salvadora y la tata Concha. Voy recorriendo la larga calle Santa Clara, sorteando los depósitos caninos en las aceras y llego hasta el recordable número 41. Pero no es ni el mismo número ni la misma casa evocadora. Es un edificio color crema, rehabilitado. A la altura del número 49 sí hay un azulejo que recuerda que allí —¿fue allí realmente?— nació el 30 de septiembre de 1920 el poeta Rafael Montesinos. Junto a la puerta de entrada hay una pequeña excavadora de obras, de color amarillo huevo. Y dentro del zaguán de la casa donde el azulejo recuerda la ausencia homenajeada, observo una triste penumbra comercial de telas y barras para cortinas. En un despacho contiguo, bajo un torpe ventilador de aspas, un vendedor hojea el periódico y

pienso que, siguiendo la tradición sevillana e inextinguible del *ABC*, está curioseando por entre el censo de muertos del día en la sección de esquelas. Más que tienda de cortinas, parece una oficina ténebre al servicio de los teléfonos de los difuntos que van llamando: "Oiga, que me ha tocado, ¿a cuánto está el ataúd?".

Qué numérica confusión. Ni el 41 ni el 49 de ahora corresponden a la casa recreada en *Los años irreparables*. Ya en una visita posterior a Sevilla desde Madrid, Montesinos observó con pesadumbre que habían derrumbado la vieja casa. La habían sustituido por otra donde había un olor grosero a vecindad estrecha. A él le hubiera gustado colocar esta otra placa con el recordatorio de un nombre sin nombre apenas: *Un día cualquiera de un año olvidado nació en este lugar un niño como todos los niños. Pasado el tiempo, vivió, amó y sufrió como todos los demás hombres. Y, como todos los demás, también fue feliz algunas veces. No preguntéis su nombre, porque los nombres se olvidan*. Desde aquella azotea del viejo número 41 veía el niño Rafael la torre industrial y espigada de los Perdigones. Frente al convento de Santa Clara, hoy en fase de lentísima recuperación y protegido sin mucho afán por dos precarias vallas municipales que custodian la entrada, también veía la desconocidísima Torre de Don Fadrique. A esta hora de la mañana temprana, el cielo de julio va tomando un tinte de azul desvaído, preludio de un día de calina y siesta moridera. Se escucha el último trinar de las golondrinas en veloz retirada. Se escucha también el soplete de un currito que trabaja en una obra, las campanas tañideras de la cercana iglesia de San Lorenzo, y las otras campanas modernísimas de un microondas de quien está calentando un café con la ventana abierta de su piso bajo.

Calle Guadalquivir, con un colchón de cama abandonado en una esquina y donde un mendigo se sentiría como un maharajá de Khapurtala. Calle Dalia y los estudiantes con los suspensos de las legañas que esperan a que abra el colegio Julio César, convertido en verano en reformatorio contra el álgebra de la vagancia arrepentida. Calle Hombre de Piedra, tan recreada por Rafael Montesinos. Justo en este momento, por Hombre de Piedra circula pausado un coche-escoba de limpieza pública de Lipasam. Uno de los operarios lo he visto antes con su mono naranja butano rezando al Gran Poder en el interior de la feísima basílica de San Lorenzo, que tiene forma de cazuela para los fogones de la devoción popular. Otros dos operarios barren las calles imposibles, allí

donde las ya anotadas mierdas de perro y la desidia sucia e incívica de su único dueño y que se llama así: el sevillano medio. En barrendero de la memoria acabará el poeta Montesinos al cabo de los años moribundos. El prefecto del colegio de jesuitas de Villasís le había recriminado que de seguir así de desaplicado, a lo más que llegaría es a ser barrendero y a Dios gracias. Pues a mucha gloria —terrena, que no celestial— acabó cogiendo Rafael su sevillana escoba de palma, tal como refiere en un pasaje de *Los años irreparables*: "Sí padre; he terminado de barrendero. He cogido una gran escoba de palma, de esas que se usan en Sevilla, y me he puesto a barrer las calles y los recuerdos de mi infancia. Y me he adentrado después por esa gruta honda que es mi alma, dando escobazos al aire, gritándole a los fantasmas de mi vida. Y una turba oscura de grandes pajarracos negros han salido precipitadamente del fondo de mi alma, batiendo el aire limpio y tranquilo del recuerdo sus enormes alas sucias de arcángeles caídos". Barro yo ahora, paseante de recuerdos expropiados, la calle Roelas, escondrijo de casas carísimas y en rehabilitación, como en buena parte del barrio, donde uno acaba hipotecando hasta sus propias canas impagadas. Barro también la larguísima calle de Jesús del Gran Poder, tan larga como la zancada del Redentor de túnica morada y corona de sierpe con espinas, mientras veo cómo una joven bostezante friega los suelos de la discoteca Holiday, donde por las noches bailan los divorciados bajo las luces estereoscópicas de los amores desesperados hasta el más enternecedor de los ridículos.



Antes del colegio jesuítico de Villasís, transcurrió la niñez primeriza de Rafael en el colegio de los Carmelitas, en la calle Bustos Tavera. Recuerdos cordiales de la hermana Corazón, que le enseñaría a leer a Rafaelito con el escapulario de su buen nombre y su mejor Corazón, como no podía ser de otra manera. Recuerdos también de Villasís, un griterío de voces blancas corriendo detrás de una esférica promesa de diversión, el fútbol. Pero Rafael se queda como apartadizo, espantado ante el sudor violento de los goles en el patio de recreo. En esto nos retrotrae a James Joyce y su *Retrato del artista adolescente*, donde el gran borrachuzo irlandés habla del "grasiento globo de cuero" del que disfrutan los colegiales y sus pies brutales, jaleados por los prefectos con pecadora furia triunfante.

En 1930, la familia Montesinos se traslada a un cuarto piso de la calle Peñuelas, próximo al limonero machadiano en el Palacio de las Dueñas de la Casa de Alba. Desde la azotea verá la ennegrecida fachada de la iglesia gitana de San Román (la quema de la guerra civil la ennegrecerá de betún y odio poco después en el 36). Pero sobre todo verá la ventana abierta del piso de Rosita, su cándido e informe amor de niño. La madre de Rafael le dirá que a los niños que juegan con niñas, como hacía Rafael con Rosita y sus hermanas Josefina y Conchita, se les acababa cayendo "la quica". Pero al niño Rafael no se le cayó la "quica", sino el gorrioncillo muerto del alma cuando Rosita, por obligaciones laborales del padre, tuvo que marcharse a Granada dejándolo en el desamparo brutal de la incomprensión. Camino del colegio de Villasís, irá dejando por las calles las migas de lágrimas de quien sólo quiere regresar de vuelta por el camino hacia su propio desencuentro, el del niño perdido en la barreduela de los príncipes enamoradizos y bobos de pura bobería.

Entre tanto, otra mudanza sentimental. Esta vez a la calle Martín Villa, junto al colegio jesuítico. Poco después sobreviene el año incendiario y republicano de 1932. La Compañía de Jesús es disuelta. Las sotanas ignacianas no han salido ardiendo, pero sí la puerta del rojizo colegio. Los "alumnos prohibidos" de Villasís estudiarán el bachillerato en la Politécnica de la cercana calle Cervantes, promovida por una Asociación defensora del Credo en las escuelas. Los profesores advertían a sus alumnos para que no pasaran por la estrechura de la maloliente calle Atienza. Era una calle llena de orines, con olor a esperma del tiempo, y en la que montaba guardia una vieja numia que fuera tal vez lozana en sus días de jornalera del coito para señores en serios apuros, pero que Rafael, saltándose la prohibición como

era menester, vio sólo una vez, espantado al darse de bruces con su cara de bruja arrugada, tanto como la puerta ojival de su uterina cueva. Después vendrán los años de estudios en el colegio de los Pajaritos, en la calle del mismo nombre. El edificio había servido de inmueble para el Banco de España. Unamuno venía a decir que no había nada mejor que trasladarse a un edificio que hubiera sido antes sede de un banco, porque así podíamos tratar con confidencialidad el gran negocio de nuestra salvación.

Estudios, desvelos de insomnio y aritmética, latinazgos y la tabla de multiplicar de la infancia que de a poco se iba escapando. Pero ¿y las pausas soñolientas del verano? ¿Y la indolencia frutal de los veranos en las albercas de la nostalgia? Los solsticios del ocio los pasará Rafael entre sus 11 y 13 años en el pueblecillo serrano de Alájar, a la sombra de la Peña de Arias Montano. En Alájar el poeta ingresará por derecho en la Cofradía del Onanismo, que es cuando uno paga por vez primera su papeleta de sitio y es obsequiado con un hermoso grano de cabeza amarilla. Convertido en becario de Onán, Rafael había visto así el primer bosque desnudo de una muchacha, aplicando su ojo derecho por el agujerillo de la impureza, hecho con un cortaplumas sobre la pared de un doblado. En Alájar el padre de Rafael se aplicará en sus gustos por la arqueología. La memoria de Rafael acaba siendo en parte un museo arqueológico de cráneos, hachas votivas, hojas de sílex y ánforas del siglo LVI a. de C. Uno acaba preguntándose qué memoria no acaba siendo arqueología del olvido, por muchos utensilios que acaben expuestos en las vitrinas para contemplación de nuestros propios huesos, esa tibia que en definitiva es la vida.

Pero no sólo es Alájar la pausa ociosa entre academia y más academia. Ahí la vega feraz de Carmona, la huerta de Tarazonilla donde el poeta asegura haber pasado los años más dichosos de su vida. El lector pone así el oído en las páginas de *Los años irreparables* y escucha el respirar frutal del campo a pleno pulmón. Aventura de alacranes, víboras y bichas agrarias, junto a olores a pulpa de fruta como la infancia misma. Si las magdalenas fueron para Proust el olor de lo perdido que de pronto vuelve, para Montesinos lo fue el de las mandarinas de Tarazonilla. Pero no todo fue un *Beatus Ille* horaciano, porque ya el niño intuía que la vida en el campo era también un jornal aceitunero y despiadado de sol a sol. Es la otra bucolía del agrimensor social pero templado, sin fuerza de revolucionario de campo, que se instala como primera huella de maduración en la conciencia del poeta. Por soleares, cantará Montesinos aquello de *Que viva Marinaleda/*

que es mucha la dignidad/ que a Andalucía le queda. Con todo el andalucismo social de Rafael será siempre más poéticamente zurdo que izquierdista. No queda claro además la perimetría sentimental de su Andalucía, demasiado personificada —según él mismo confiesa— en Sevilla, tan alejada de lo que acabaría siendo el esperpento autonómico de Almería.

Su andalucismo, más espirituoso que otra cosa, sin el constructivismo ruso de ninguna sigla de partido, se aprecia en poemarios como *De la niebla y sus nombres* (1985) o el más "andalucista" de sus libros, *Con la pena cabal de la alegría* (1996). Hay sin embargo mucho de descreimiento, de indulgencia plenaria hacia un pueblo como el andaluz que "nunca se alzará en muchedumbre", tal fuera la queja de Blas Infante. Aunque arábigo en busca de la bendición de Alá por lo dado a su amada tierra andaluza, Rafael acabará confesándose más bético de la Roma imperial, que musulmán de herencia debida y respetada. Denuncia, eso sí, la adulteración del alcázar espiritual de nuestro patrimonio al sur del sur, que ha ido perdiendo señas de identidad, finura, y ganando para mal en chispa de *souvenir* para el turismo complaciente: *Abandona tu pena en las glorietas/ de ese falso jardín donde te ahogas,/ mi verde y blanca y cuándo Andalucía.* En su libro *Rafael Montesinos. La memoria irreparable,* el biógrafo Alberto Guallart se desliza por entre la Tarsis fantasiosa que sedujo, pero sin llegar a la drogadicción, al poeta sevillano: "Montesinos fantaseó con Tartessos y con Tarsis, pero nunca creyó —como el poeta y nigromante Fernando Villalón— que el ganado del Rey Gerión fuera el antecedente de la raza de toros retintos que pastan en las marismas del Guadalquivir. Soñó —eso sí— con una Tarsis misteriosa y hedonista, recreación literaria de un paraíso no vivido, y que, por eso

mismo, le causará una melancolía y una nostalgia aún mayores que el paraíso perdido de su infancia".

Pero vuelvo de nuevo a esto mismo, a los pabellones del paraíso numerado que fuera el caserío sevillano en la infancia del poeta. Echado el día a rodar, el calor de julio aprieta y, a diferencia de Dios, sí ahoga. Ahora estoy en el número 16 de la ancheada calle Reyes Católicos. En 1932 la familia volvía a trasladarse de nuevo a este otro piso no menos sentimental para el futuro bardo. En mi cuaderno de notas apunto el aguafuerte básico de lo que tengo ante mis ojos: un edificio bello y desgastado, hecho de ladrillo visto, con cinco balcones con barandilla de hierro forjado. De un balcón saliente y acristalado cuelga una hoja de palma que recuerda que una vez no pudo salir de allí, vestido de nazareno, el niño Rafael a cumplir con su cofradía del Valle en la tarde eucarística y penitencial del Jueves Santo. Sevilla vivía entre 1931 y 1936 en una imparable poesía social de huelgas con estrofas de brazos cruzados (hasta un total de 238 huelgas). Y pasó lo que pasó, que el niño Rafael se quedó sin salir un año en su querida cofradía morada de El Valle, un disgusto irreparable para el nazarenillo que todo mozuelo sevillano ha llevado dentro, salvo las lógicas excepciones de los niños exiliados del incienso por voluntad propia o por el laicismo de playa, tan respetable desde luego, de los padres ajenos a los rigores educativos de la tradición. De hecho, parte de la poesía de Montesinos será una recreación de cera nostálgica sobre esta otra patria perdida: la Semana Santa de Sevilla, de la que tanto se han expropiado los *capillitas* (esos cofrades *borrokas*), vulgarizando, abusando de sus hermosos versos escritos bajo bambalinas con verbo de gladiolo esquinero, pero sin olvido de la poesía de Credo hondo, de misticismo con mucho de pensamiento y yunque.

El número 16 de Reyes Católicos está escoltado por dos almacenes de la Ferretería Roma, que resiste con su aire antiguo a negocio y heredad entre padres e hijos, donde se escucha una caja registradora que funciona con bella anacronía. Pero el tiempo bien parece hoy otro repetitivo negociado de franquicias. Saliendo de la casa, a mano derecha, uno se topa con un Pizza-Hut, con sus cartelones de ofertas en la acera: pizzas de masa gorda, hechas para quitar el hambre con el nu-

triente de la prisa. Enfrente del número 16, la heladería Häagen-Dasz y sus veladores para disfrutar del helado que se derrite en las manos, lo mismo que el tráfico derretido sobre el asfalto al rojo vivo de julio. Recuerda el poeta esta misma casa y el salón donde el padre, melómano hasta la cerviz, recibía a sus amigos en largas veladas de música clásica. Recuerda también que echaron del servicio doméstico a una *muchacha* (que así se las ha llamado siempre a las criadas en Sevilla), cuando el niño no tan niño descubrió las caricias táctiles sobre el cuerpo de la rubia doncella. Desde el balcón del segundo piso veía Rafael los tardos amaneceres junto al río Guadalquivir y el isabelino Puente de Triana. Entrando por el puente, a la izquierda, a la vera del Paseo de Colón, se encuentran los Jardines de Rafael Montesinos, tal y como señala un poste municipal. Debajo se encuentra otro desagradable jardín de coches en un parking subterráneo. Pero arriba, los jardines se antojan aceptablemente limpios cuando uno habla de "Sevilla la Sucia". Sólo me encuentro en el banco donde me siento con que alguien se ha dejado un cartón arrancado y amarillo de la revista *Elle*, que al parecer regala sandalias romanas como promoción con la compra de la revista y promete para el próximo número otro nuevo regalo de un maxibolso.

El centro de los jardines lo preside un busto del cantaor Antonio Mairena. Está levantado sobre un adusto monolito de piedra. El busto recoge justo el momento en que la sangre del cante le viene a la garganta y queda inmortalizada en mueca de hierro para siempre. La cabeza calva del cantaor necesita de un champú especial anticaspa. Son muchas las cagaditas de paloma que le han caído encima. No es infrecuente ver tirado en los bancos de estos jardines a algún mendigo con el cáliz precario de un vino de cartón. Los jardines tienen palmeras que uno no distingue bien si son de la clase botánica de la *Livistona australis*, la *Phoenix reclinata* o la *Washington robusta*, como una vez me dijo, para pesadilla de un servidor, un jardinero municipal al que pregunté por las palmeras del Parque de María Luisa para no sé qué olvidado artículo (como los nombres para Rafael Montesinos, también los artículos son destino para el olvido). Poca sombra da este jardincillo sobre el ribereño Guadalquivir, que uno ya quisiera como danubiano y de leve color canela, pero que a su paso por la ciudad demediada (Sevilla *versus* Triana) es sólo agua estancada como toda nostalgia, palabra licuada que acaba en légamo y ceniza (un poema de Rafael, referido a

estos parterres entrevistos desde Reyes Católicos, se llama justo así, "Humo y cenizas en Reyes Católicos dieciséis").

Y llegó, como quedó dicho el año de 1936, ese año de la guerra y de la novia. Era el último traslado de una familia trashumante. Esta vez al primer piso de la calle Almirante Ulloa número 1, cuyos balcones daban a la calle Alfonso XII. Es el año de la sangre del 18 de julio (un julio distinto al de ahora, con su otra sangre de calor insoportable). El poeta se enamora de Angélica, una mujer ¡cinco años mayor que él! y que estudia italiano. Inevitable tentación. Estalla la guerra, estallan los tiros. Pero en la azotea del inmueble junto a Alfonso XII, reunidos allí arriba los vecinos por seguridad, lo que estalla es el fin de la niñez en Rafael. Es el disparo carnal de quien se ve envuelto en una misma manta con Angélica, la miliciana del amor en la guerra de una noche en blanco.

El tiempo irreparable ha ido transcurriendo pues a través de su poesía a lo largo de los vagones de carga de los años. Habrá un momento en que Montesinos consiga despojarse del bocio de la nostalgia y la higuera de toda acordanza, como en el libro *El tiempo en nuestros brazos* (1958). En 1953 ya había conocido a Marisa Calvo en Madrid en una lectura de poemas de Gerardo Diego. En 1955 se casaron y el poeta olvidó sus propios olvidos, tan heridores porque justamente hacían lo contrario, no dejarse olvidar con aquella Sevilla inmutable al fondo.

Si antes había conocido los endecasílabos cortesanos del garcilasismo, después habría de venir la poesía de la generación del 50, donde el lenguaje se convierte en epifanía de verdad y consigue arrojar al suelo el maquillaje de una máscara que, de pronto, se desoculta por la fuerza de la palabra crucial. Va mojando sus pies Montesinos por todas las orillas poéticas, si bien será siempre un poeta difícil de ubicar. Hay incluso un ramalazo poético de cristianismo, entre humanizante y redentor, que le llevará a escribir poemas como "Canción del Pozo del Tío Raimundo".

Pero si hay algo que va penetrando hondamente en su poesía es la saeta becqueriana. Cernuda, en su ensayo *Bécquer y el romanticismo español* (1935) ya hablaba de "la veta honda, grave y retirada que existe en el corazón de Andalucía" gracias al poeta del salón y el ángulo oscuro. Montesinos, becquerista policial, acabará dando con la modernidad de la poesía de su amado Bécquer, con su maridaje de sueño y realidad: la poesía entrando en la veladura meliflua pero inmanente de la poesía.

Cuando el Ayuntamiento desalmado llegó a proyectar un día el derrumbe del número 28 de la casa de Bécquer en Conde de Barajas, Montesinos sacudió la reumática desidia de la Sevilla oficial en un artículo con luz de gálibo: "La lápida que hay en la fachada de su casa la costearon los poetas y la labró gratis Susillo, y las ruinas que existen detrás de esa fachada es el *homenaje* que Sevilla ofrece a Bécquer en el 150 aniversario de su nacimiento". Esa placa en recuerdo de la casa donde naciera el poeta de la Venta de los Gatos, sigue siendo hoy un epitafio mugroso. Está como ayer, como siempre, como hoy, como si a la fachada no cesara de caerle una especie de llantina de cal sucia. A ambos lados de la casa de Bécquer, más y más edificios quejumbrosos, todos en obras, con su retablo de andamios y mallas y obreros que por supuesto cumplen a rajatabla la contraorden laboral de no llevar casco. A uno lo miran los obreros (uno que solda, otro que lleva una carretilla) con cierto recelo, sin entender a qué estoy aplicando mis ocios de papanatas, con un bloc y un bolígrafo en las manos, mientras debiera llevar un pico y una pala como ellos.

Becquerizado ya para siempre, Montesinos acabará hollando en la poesía divagante entre el desconsuelo y la esperanza, como en *Último cuerpo de campanas* (1980). Se irá columbrando en lo por venir el lento pero impostergable naufragio en el desencanto del que el propio Rafael acabaría llamando como su "libro más triste". Y así hasta el acabamiento cada vez más rumoroso de sus días, cuando el poeta vislumbra la raya albina de la nada que se esconde en el horizonte vano de todas las cosas. Porque como subraya Alberto Guallart, es la nada la única verdad. La nada y el vacío que reemplazan al olvido y la muerte. La nada como "hueco oscuro en la negrura oscura", como "horrible vacío inconcebible". En esto ha quedado la nostalgia crucificada de su infancia, en los clavos de la nada sobre el madero pútrido y el sudario del vacío. *La vanidad de la ceniza* (2005) es su libro póstumo.

La nada, como las viejas banderas ondeantes del principio, acaba en despojo de humo. Humo que también fueran al cabo sus artículos *Diálogos en la acera izquierda de la Avenida*, publicados en *ABC* de Sevilla en los años 80. Gustaba Rafael del equívoco ideológico, lo zurdo en su acera preferida de la Avenida, donde la Punta del Diamante (hoy un Starbucks Coffee), el lado de poniente de la Catedral metropolitana y el Archivo de Indias. Y lo quería así frente al lado diestro de la que fuera ya Avenida de la Libertad, ya Avenida de José Antonio, hoy Avenida de la Constitución, pero desde siempre *la* Avenida. Porque a Rafael la

acera derecha le parecía provinciana, donde antaño los señores con renta paseaban en busca de novia formal: el teatro Coliseo, el "Aero-Club" (que sigue vetando la entrada a las damas y que justo tras abrir la puerta se da uno de bruces con un retrato de Queipo de Llano), la antigua sede de Falange, justo arriba de la heroica y resistente confitería Filella, que forma parte de la dulzona trilogía de las palmeras en las confiterías de Sevilla: la de huevo (en Filella), la de hojaldre (en Ochoa) y la de chocolate (en Nova Roma, q.e.p.d. por su cierre definitivo en Los Remedios: no tuvo remedio Nova Roma en el paradójico barrio tan pudiente de Los Remedios).

Cómo ha cambiado la Avenida de la que hablabas, Rafael, con tu *alter ego* Porfirio en tus *Diálogos* de heterónimo pessoano. Hoy la Avenida es un ancho corredor electoral donde hace poco Sevilla ha votado que sí, que sí al tranvía del Metrocentro. No hay coches, no hay humo negruzco de autobuses urbanos cruzando y apestando la Avenida. Es una calle aplicada en su tirante modernidad, donde el tiempo romanticón de las farolas fernandinas se ahoga en los cipreses de hierro de las catenarias. Suena el campanón del tranvía que avisa al viandante todavía advenedizo. Retumba el suelo por entre las vías del suelo recién estrenado cuando pasa la oruga de chapa. No sé yo qué retumba Rafael, si tu olvidada nostalgia de poeta trasterrado en la Gran Vía de tus días madrileños. Ni sé tampoco si el campanón del tranvía es el eco mortuorio del tañido en el tiempo del convento de Santa Clara, del reloj en la torre de la iglesia de San Lorenzo: *Fugit irreparabile tempus*. Igual le pregunto al vigilante jurado de la recién inaugurada FNAC de Sevilla, en la acera derecha que no era la tuya, mi querido zurdo Rafael. A lo mejor, como sugería el buen padre Unamuno, acabo preguntándole por el negocio de mi salvación, de tu salvación, de la salvación de Sevilla toda, aprovechando que la FNAC ha venido a ocupar el inmueble del otrora Banco Urquijo, este banco de fama para adinerados donde una vez abrí una cuenta corriente y donde sólo conseguí sumar mis muchas restas. La nostalgia es un déficit irreparable también.

(Nuestro agradecimiento a la Fundación José Manuel Lara por permitirnos reproducir las fotografías que ilustran este artículo)